

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 175.

Alicante 4 de Abril de 1874.

Año V.

LA PRIMERA COMUNION.

Sinite parvulos venire ad me.

Dejad que se me acerquen los niños. (S. Marc. X.)

Cuando la Religion cristiana no nos ofreciera otro acto que el de un corazon latiendo por la primera vez de amor divino al acercarse al pié de los sagrados altares, deberíamos admirar en ella el maravilloso poder de comunicar á la tierna juventud los sentimientos mas puros, mas castos y mas amorosos de que un alma puede llenarse. En el primer período de la carrera de la vida, cuando entra el hombre en la lucha cruel contra la corrupcion del mundo y la furia de las pasiones que despuntan en su corazon, es cuando la Iglesia abre su seno maternal á estos inocentes neófitos que apenas conocen la culpa sino por los primeros remordimientos, y cuyo pecho, no endurecido por hábitos pecaminosos, puede abrirse entero á su Criador y Redentor y consagrarse á él para siempre.

En esta feliz entrada á la vida del espíritu es en donde deben ganarse

para Dios las almas cándidas de la presente generacion. En ella está en asechanza la astuta impiedad, como el *leon rugiente* de que habla el príncipe de los Apóstoles, pronto á devorar esas tiernas víctimas por poco que se descarrien de su camino. Así que, en nuestro siglo deben darse armas á esos noveles guerreros, no solo para la victoria sobre los enemigos del corazon, que son los vicios, sino para el triunfo sobre los enemigos de su entendimiento, que son los errores.

Sin embargo, no permitiendo todavía lo prematuro de sus años el desarrollo de su entendimiento, debe á lo menos preparárseles al acto mas solemne y augusto de la Religion, como al dia grande de su íntima union con Jesucristo, ataviados con las virtudes de la inocencia y con las primicias de su amor. Debe inculcárseles que vá á empezar la época mas interesante de su vida, y que en cada una de ellas vendrá como á renovarse el misterio adorable y consolador del descenso del Hijo de Dios á la tierra para morar en su seno, derramar sobre ellos el torrente de sus gracias divinas, y auxiliarles en la lu-

cha contra el espíritu del infierno y los enemigos del alma durante su peregrinación sobre la tierra, con el fin de darles la gloriosa corona de la inmortalidad.

Tal vez una gran parte de los desórdenes que lloramos en todas las clases de la sociedad por el olvido é indiferencia en punto á la Religión, procede del descuido con que se mira á la débil y vacilante juventud entrar en la carrera de la vida, abandonada únicamente á sí misma, falta de todos los auxilios de una instrucción piadosa, y sin otro conocimiento de Dios y de su ley santa que un mal sabido y menos entendido catecismo cristiano, del cual se avergüenzan acordarse pasados sus infantiles años. Ninguna importancia se dá á la primera vez que se acercan á recibir el Pan divino, que engendra vírgenes y dá la vida inmortal. ¡Desgraciado del que empieza á recibirle indignamente por falta de reconocerle como debe! ¡Infeliz el que yerra este primer paso, ignorante de lo que va á hacer!

Las primeras impresiones son siempre las mas poderosas. Jesucristo que gusta se le acerquen los párvulos, y halla sus delicias en la inocencia del corazón, derrama sobre ellos toda su gracia. Pero si por desdicha suya no le conocen en esta primera visita, y no le pueden amar, son mas infelices que los nacidos en tierras donde no es conocido su Santo Nombre. ¿Y quién será responsable de que estas almas sencillas,

al empezar la navegación en la tierra, naufraguen ya en un escollo? Nuestra desidia y nuestra indiferencia clamarán contra nosotros.

En varios países del mundo católico se celebra despues de Pascua con tierna y magnífica solemnidad la fiesta de la primera Comunión, para que este dia grande forme época en la vida de los jóvenes que se acercan por primera vez á la Sagrada Mesa, y siga á una preparación mas seria y esmerada, y se conserve como un precioso recuerdo hasta la muerte. Son ciertamente embelesantes las pinturas que hemos visto de esta función imponente, que arranca dulces lágrimas de ternura y de consuelo á todo corazón sensible.

En unas partes se reúnen todos los jóvenes de la parroquia que han salido de la infancia, y se encaminan á la Iglesia como una inocente comitiva dirigida por su pastor. En otras se reúnen en la misma Iglesia los jóvenes de uno y otro sexo que pertenecen é los colegios ó casas de educación, preparándose aquellos tiernos corazones en donde ha de descender la Divinidad como en un santuario de inocencia.

A veces se descubre esta juventud preciosa postrada al pié de un púlpito y enfrente del altar, bajo los anchos arcos de un espacioso templo, escuchando atentamente las palabras de vida que se les di-

rigen por primera vez, acomodando el sacerdote la majestad del acto y la sublimidad del misterio á la infantil capacidad de sus inteligencias. Otras veces algunos coros de vírgenes cándidas en su primera edad, recogidas, arrodilladas, inclinada la cabeza, los ojos bajos, las manos juntas, presentan el espectáculo embelesador de unos corazones sencillos que, ocultos bajo el velo diáfano de inocentes gracias, se consagran todos al Señor por la primera vez de su vida. Su sencillez, su calma, su silencio edifican y enternecen. Un no se qué de celestial se mezcla en sus armoniosos conciertos. Una música suave acompaña sus voces dulcísimas, que suben al cielo como el primero y mas precioso tributo de su amor y de su esperanza. Sus labios tímidos pronuncian temblando los actos mas elevados de amor y de deseo de unirse con su Dios, y purifícanse sus almas con lágrimas sinceras derramadas por aquellas faltas que les hizo cometer la chispa de pasiones nacientes, y de que acaban de ser absueltas en nombre de Dios en el tribunal de la penitencia.

La Misa ha comenzado ya; acércase el momento ansiado y temido á un mismo tiempo; humea el incienso ante el altar; las tiernas y consoladoras palabras del sacerdote acerca de la dignacion asombrosa de un Dios que quiere unirse con nuestro corazón; su amor infinito hácia nosotros, por el cual anonada su inmensa grandeza; nuestra feli-

cidad inconcebible en recibirle dignamente..... ¡Cuán dulces y celestiales consideraciones y atractivos para aquellas almas candorosas!

Estos afectos apacibles se mezclan con la melodía de los cánticos. El pan de los ángeles, el manjar de vida eterna, el dulce esposo de las almas, mil imágenes todas bellas, todas amables, hacen anhelar al Dios de la majestad. El alma se extasia, el corazón se dilata y se derrite suavemente. Embelesados los sentidos con luces, perfumes y armonía, nádase en un mar de purísimo deleite, y la presencia de Dios se hace sentir de antemano á los corazones de los circunstantes.

Llega la hora de la comunión: la imaginación se inflama, el pensamiento se siente gustosamente oprimido, no tanto por el poder como por la bondad de Dios; los objetos que nos rodean cambian de aspecto, todo varía de forma; todo se engrandece, todo se ilumina, las luces se multiplican y reflejan en el dorado brillante del altar y en los bruñidos mármeles del pavimento; todo el religioso recinto ofrece una pequeña imagen del cielo. Los corazones enternecidos se deshacen en dulces lágrimas; escápanse de los labios amorosos suspiros. El sacerdote, habiendo tomado del fondo del tabernáculo el pan divino, enseña al pueblo prosternado el Cordero de Dios bajo las cándidas especies, y descende lenta y gravemente hasta colocarse junto á la balaustrada del altar, á donde se

acercan los que acuden á aquel sagrado convite.

Los párvulos inocentes, las doncellas tímidas vestidas de blanco vienen á postrarse uno tras otro delante de la Hostia sacrosanta, que brilla á los ojos de todos como una aureola de divino fuego; y el prodigio que sobre el altar ha convertido la sustancia del pan en el cuerpo sacrosanto de Jesucristo viene como á renovarse en cada una de las almas que lo reciben dignamente, trasformándolas en otros tantos santuarios de su adorable Divinidad y Humanidad.

Embriagada el alma con tantas dulzuras, apenas siente su propia existencia; rodeada de tan puros goces, parece que ha olvidado su debilidad para identificarse con su Dios. Las almas tiernas que le han recibido permanecen en un recogimiento profundo, como respetando en sí mismas al huésped divino que acaba de albergarse en su corazón. Sus lábios trémulos acompañan la voz del sagrado Ministro, que en nombre suyo tributa enterrecido fervientes acciones de gracias por tan multiplicados prodigios al Dios velado que acaba de unirse con sus queridos hijos.

Véase con qué feliz pincel nos traza un cuadro de este augusto acto el inmortal autor del Genio del Cristianismo:

«A la edad de once años y en el tiempo de la primavera es cuando

el jóven se une á su Criador. Después de haber llerado la muerte del Redentor del mundo con las montañas de Sion, y recordado las tinieblas que cubrieron la tierra, resuenan las campanas, se descubren los santos, y los gritos de regocijo y cánticos de aleluya de Abraham y de Jacob resuenan en las bóvedas de las iglesias. Uvas jóvenes vestidas de blanco y unos muchachos adornados de hojas se dirigen al templo por un camino sembrado de las primeras flores del año, repitiendo nuevos cánticos y siguiéndoles sus padres llenos de alegría. Al instante baja Cristo al altar para estas almas delicadas. El pan de los ángeles se pone sobre la lengua veraz no manchada con mentira alguna, mientras que el sacerdote bebe la sangre meritoria del Cordero. Todos los corazones están poseídos de un recogimiento interior en esta solemnidad, en que Dios recuerda un sacrificio sangriento bajo las especies mas apacibles.

«A las incomprensibles alturas de estos misterios se unen los recuerdos de unas escenas las mas plaucenteras. Parece que la naturaleza resucita con su Criador, y el ángel de la primavera le abre las puertas del sepulcro, como el espíritu de luz que levantó la piedra de su glorioso monumento. La edad de los que comulgan y la estación del año que empieza confunden sus juventudes, sus armonías y sus inocencias. El pan y el vino anuncian los dones que ofrecen los campos

prontos á madurar, recordando los retratos de la agricultura. Finalmente, baja Dios á las almas de estos jóvenes para fecundarlos, al modo que en esta estacion baja al seno de la tierra para hacerla producir flores y riquezas.»

Jóvenes afortunados, que por la vez primera vais á recibir á Dios en vuestro corazon! Una nueva era empieza para vosotros. Hasta ahora vuestra existencia ha sido muy tranquila, dulce y abroquelada. Todo os ha acariciado, todo os ha sonreído, y la oracion se ha exhalado de vuestros lábios como el perfume se exhala de las rosas. Indiferentes y alegres, habeis anudado hasta ahora uno á otro vuestros dias con lazos de flores, pero bien pronto dejareis estas moradas apacibles que habitais y entrareis en los escollos del mundo.

Desde este momento una vida nueva se desplegará ante vosotros; nuevos cuidados, nuevas zozobras alarmarán vuestra inocencia, y sobresaltarán vuestro candor. Toda pureza por desgracia se oxida, expuesta al álito corrosivo de los hombres. No bastará que os prevengais contra sus tiros con la grata memoria de lo pasado como con una égida; vuestra alma ha de adquirir un temple mas fuerte para resistir á los ataques insidiosos de las pasiones. El vicio tiene sus funestos atractivos y sus goces reales, pero en el fondo de la copa de sus place-

res se halla siempre mortal veneno. Vosotros que acabais de probar el placer puro de la inocencia y de la paz, temblad! De la felicidad á la desdicha no hay mas que un punto imperceptible. Un momento de flaqueza bastará para anublar vuestros bellos dias, y despedazar vuestro corazon sencillo con horrorosos y eternos remordimientos.

El mundo es hoy dia un egoista frio y mofador, cuyos rasgos satíricos traen origen del réprobo arcángel. Rodeado de sus encantos como de hermosos y lisonjeros prestigios, coronado de flores y ocultando con una mano los horribles martirios que despedazan el corazon, os halagará con la otra para que os alisteis en sus brillantes banderas... No, no será así. El Dios mismo que se ha dignado unirse á vuestro corazon, os conservará como lirios entre espinas, fieles á su divino llamamiento y al yugo suave de su santa ley. Vosotros sereis una generacion escogida y preciosa á sus divinos ojos, destinada quizá para detener la justicia de su brazo sobre un mundo inundado de egoismo y de corrupcion.

No os olvideis en vuestra vida de este dia grande é infinitamente feliz para vosotros, en que Dios ha querido unirse por primera vez con vuestras almas en la Sagrada Eucaristía. No le seais ingratos un solo momento de vuestra vida.



LA MUERTE DE JESUS,

Al Dios-Hombre clemente
Manso Cordero, Salvador del mundo,
Feroz pueblo demente
Condena furibundo
A crüento suplicio tremebundô.

En sus sienes divinas
Diadema colocan penetrante
De punzantes espinas,
Y la sangre anhelante
Su frente inunda y baña su semblante.

Los bárbaros sayones
Con sin igual furor su cuerpo azotan,
Le llevan á empellones,
Y al verle, se alborotan
Las viles turbas y con rabia votan.

Ponen en su hombro santo
La enseña del patibulo sangriento
Que aumenta su quebráto,
Y vá con paso lento
Al Gólgota, sudoso y sin aliento.

¡Qué de horribles ultrajes
Le dirige la loca turba impía!
Y con risas salvajes
Con atroz gritería
Le empuja, befa y hiérele á porfía.

Ya llegan á la cumbre
Y le arrancan la pobre vestidura
Ante la müchedumbre
Feroz. ¡Oh desventura!
¡Cuanto baldon, mi Dios! ¡Cuánta amar-
(gura!

Clavado al vil madero
El noble cuerpo herido, ensangrentada
La faz, insulto fiero

Y burla cruel airada
Recibe de la plebe desalmada.

¡Faltaban mas agravios!
«Sed tengo» dice, y soldadesca cruel
Un palo hasta sus labios
Levanta, y puesta en el
Húmeda esponja de vinagre y hiel.

¡*Consummatum est!* dice
Jesus agonizante, y no profiere
Una queja, y bendice
Al sayon que le hiere,
Y al pueblo que le insulta, y luego muere.

El corazon pedazos
Hecho, cabe la Cruz está María
Caidos ambos brazos
Llorosa, en su agonía
Pronta á desfallecer. ¡Oh Madre mía!

Y delirante grita
Amorosa: ¡Jesus! ¡Hijo! ¡Hijo mio!
Y al pié se precipita
Del madero sombrío
Donde el augusto cuerpo pende frio.

La tierra estremecida
A quebranto se asocia tan tremendo,
Y muge embravecida
La mar con fiero estruendo,
Y ronco brama el huracan horrendo.

Las losas sepulcrales
Se rompen, y los muertos aparecen,
Los tigres y chacales
Los bosques estremecen,
Y en sus cuevas rugiendo desaparecen.

Los peñascos se chocan
Y ruedan con su grande pesadumbre;
Y á Dios muchos invocan,
Y gime el alta cumbre
Del Calvario y el sol vela su lumbre.

¡Jesús, mi buen Jesús!
El mundo con sus culpas y extravíos
Te puso en esa Cruz.
Los hombres cuán impíos
Vertieron de tu cuerpo sangre á ríos!

Hoy el hombre domina
Sus pasiones y su orgullo iracundo,
Y ante la Cruz Divina
¡Oh Redentor del mundo!
Homenaje de amor te dá profundo.

M. Senante y Llaudes.

¡ALLELUYA!

Murió y venció. Su gloria y su grandeza
Hoy canta el alto cielo,
Y es corona real de su cabeza
El sol que en veloz vuelo
Tiende dorado su esplendente velo.

Rotas son las cadenas del pecado
Al pié de la Cruz santa,
Y el alba del perdon ha despertado,
Y alegre el mundo canta,
Y á Dios sus ojos con amor levanta.

Vestid con flores vuestra blanca frente,
Doncellas pudorosas;
Templa tu lira, trovador creyente,
Y entre lluvia de rosas
Tus plegarias eleva religiosas.

Dulce suspire el aura voladora,
Que lúgubre gemía
Al pié del árbol que la tierra adora,
Y la alborada fría
Que urde con oro su dosel al día,

Y las flores ajadas en la vega,
Y la hervidora fuente

Que con sus linfas el umbrío riega,
Alcen cantar ferviente
Al Dios que resucita omnipotente;

Porque venció Jesus crucificado,
Porque triunfó el Ungido,
Y en su carro de gloria encadenado
Suspira ya vencido
El error con vil pompa revestido.

Canten los cielos del Señor la gloria;
Cante natura ufana
En infinitos himnos su victoria,
É inmensa voz cristiana
Nuestra grandeza cante soberana;

Que en el Calvario con Jesus vencimos,
Y, eternos vencedores,
Nuestra humillada frente al cielo ergui-
Y en mágicos loores (mos,
Cantamos al Señor trovas de amores.

Resucitó el Señor, en cuya frente
Brilla el sol encendido,
Y á cuyos pies murmura omnipotente
Con eternal gemido
El mar entre corales adormido:

Resucitó el Dios grande y poderoso,
Cuya potente mano
Encadena el furor del mar brumoso,
Y al céfiro liviano
Hace arrullar del valle soberano:

Resucitó el Señor omnipotente
Que en el espacio ostenta
Por corona mil soles en su frente,
Y en el dosel se sienta
Que finje con sus nubes la tormenta.

Vedle entre velos de fulgor celeste
Radiante de alegría;

Con luz urdida su inconsutil veste,
Triunfante en este día
Del averno tras bárbara agonía.

En una Cruz el mundo le enclavaba
Infiel y embeodado,
Y Él nuestras culpas al morir lavaba,
Y venciendo al pecado
Para el mundo el Eden ha rescatado.

Lloró naturaleza su amargura
Con infinito duelo,
Y hoy sonríe en su rostro la ventura,
Y eleva al alto cielo
Cántico dulce de amoroso anhelo.

Porque ya es libre de su eterna pena,
Porque sus culpas hora,
Y quebrantó su misera cadena,
Y es Reina ya y Señora,
Y canta á Dios y su grandeza adora.

Resucitó el Señor: inunde el cielo
Torrente de armonía;
Hunda la aurora en el azul su velo,
Y acorde trova pía
La tierra absorta, al son del arpa mía,

Y dulcísima voz y eco sonoro
De gloria y de ventura
Lleguen al cielo en armonioso coro,
Y en trova la mas pura
Cante á su Dios feliz la criatura;

Entone el mar su cántico profundo
Con infinito acento;
Póstrese y ore el libertado mundo,
Y voz nos robe el viento
Nuestra gloria cantando y vencimiento.

Juan B. Pastor Aicart.

DEFENSA DE LA CRUZ-ROJA.

Contestacion que en nombre de la Asamblea Española dá á los artículos de «El Consultor de los párrocos,» el Ilmo. Sr. D. Antonio Balbin de Unquera. (Publicada por la Revista religiosa «La Cruz.») (1)

Cruz, ave, spes única.

Con un pesar que seria profundo siempre, pero que en las actuales circunstancias de doble guerra civil penetra hasta el fondo del corazon, ha leído la Asamblea Española de la Cruz Roja los artículos publicados en los números 51, 53 y 56, año segundo, de *El Consultor de los párrocos*. Con profundo pesar, y no con otro sentimiento, porque nos lo impide la caridad cristiana, como nos veda interpretar intenciones, publicar las faltas del prójimo, sin necesidad ni mision para ello, aun cuando sean indudables, mucho mas cuando solo en rumores puede fundarse su existencia, establecer relaciones entre sociedades de distinto género, cuyos individuos ni aislada ni colectivamente pudieran entenderse unos con otros y detener la accion de la caridad, influyendo en las conciencias, que á su vez detendrán la mano, privando del necesario socorro temporal, y aun espiritual, á los heridos. ¡Libre Dios á la Asamblea Española de abrigar ni de sospechar en nadie sentimientos parecidos!

(1) Ya que en el número anterior de nuestra Revista insertamos el artículo de *El Consultor de los párrocos* contra la Cruz Roja, deber nuestro es publicar la presente defensa. (*La Cruz*. 19 Diciembre 1873.)

¡Librela de la responsabilidad en que incurriría si lo hiciese, é inspírela hoy como necesita para llevar al ánimo de *El Consultor de los párrocos* la convicción de que él escribiendo y nuestros sócios practicando la caridad, podrán contraer iguales y grandes méritos, no esperando de los hombres, ni él ni nosotros, mas que mayores censuras cuanto mas trabajemos, y esperando solo la recompensa del Padre celestial, que escudriña los corazones y transfigura en resplandecientes mas que el sol las buenas obras hechas en secreto!

La Asamblea saluda á *El Consultor de los párrocos* como al Santo de su causa, destinado á ser el Pablo de su propagación, y procurará á su vez, como Ananias, aclarar el conocimiento de la verdad, que respecto á la Asociación española desconoce, proclamando el periódico y la Sociedad, con un gran Padre de la Iglesia, esta máxima infalible: *Quicumque vult salvus esse (ET SALVOS VERE FACERE) ante omnia opus est, ut teneat catholicam fidem.* La Asociación española no podría ser representación de un pueblo eminentemente católico si no proclamase tal la caridad que ejerce. Dimittiría sus títulos, lloraría su error y desengañaría á los ilusos si por un momento no se creyese pensando ú obrando en las vías del catolicismo; si aun por lazos ocultos y misteriosos estuviese unida á cualquiera sociedad que no la siguiese, si por tratados internacionales de cualquiera índole se hallase ligada al cumplimiento de obligaciones en que se desdeñase la Religión de nuestros Padres, porque rompería el yugo de la conciencia y esa obligación, que lo es del gobierno adhe-

rido al tratado, pero que no podríaserlo en manera alguna de sócios católicos, que si han puesto en su brazos la cruz roja ha sido repitiendo en el corazón el clásico lema de *¡Dios lo quiere!*

Si: este grito que en otro tiempo movió á la guerra, nos llama hoy á la paz, no á la de los Congresos y protocolos, sino á la de los ánimos y las conciencias; ese grito resuena constantemente en nuestros pechos, y ese habría sofocado en nosotros toda voz de compañerismo, de consecuencia, de dignidad personal ó colectiva mal entendida, si hubiesen podido convencernos las razones del articulista. Este comienza su trabajo por salvar las personalidades de los sócios; nosotros salvamos la suya, y únicamente le decimos, como á nuestro Pablo: «Saulo, ¿por qué nos persigues?»

Le diremos mas: le dejaremos la palabra para que se lo diga él mismo: «En la Asociación hay muchas personas piadosas y caritativas, que han entrado en ella de buena fé, y la defienden hasta con calor. Estas personas no deben jamás ser confundidas con otras que no piensan ni obran de la misma manera. Por esto se necesita *no pronunciar nunca* una palabra de *duda ó reprobación* sin hacer antes las debidas salvedades.» Y ahora decimos: «Si hay rumor y es público, como dice *El Consultor* en otro dictámen (pág. 427), ha de examinarse antes si es ó no fundado.» Gran obra de misericordia haría *El Consultor* si nos demostrase que erramos, en qué y hasta dónde; por eso es precisa la apreciación de sus pruebas. La Asamblea se ha repetido las palabras que oyó San Agustín: «Toma, y lee,» y ha tomado y ha leído los artículos

para convencerse del error, y no lo ha encontrado; sin que por eso tache la conducta del que, deseando desengañarla, le ha dado armas para que con él haga lo mismo. Ha tomado el periódico y ha leído para estudiar los medios más útiles de socorro á los heridos que pudiera proponer el escritor «que tiene la dicha de ver de lejos» y tampoco los ha encontrado, sin que por eso renuncie á estudiar con él, ó á aprender de él, los que produzcan mejores resultados; en cuyo caso, sin renegar de la Asociación actual, procuraría formar otra nueva.

La Asamblea Española no abriga el temor de «pasar por poco humanitaria,» ni se convierte por ello en instrumento de «una idea ó de un plan que no se encamina al bien del catolicismo.» Se lo veda, sobre todo, su misma Religión, y en lo temporal su dignidad individual, su dignidad de corporación, su dignidad nacional, que no le permite ir á la zaga de nadie, nacional ni extranjero, rico ni pobre, sabio ni ignorante, grande ni pequeño, con protección ó sin ella, con tratados internacionales ó sin ellos.

Cuando se crea con derecho á la legítima gloriosa de instituciones pasadas, la reclamará su inventario; cuando no se vea relacionada con teorías ni sociedades modernas, rechazará el parentesco y la herencia; por más que esta sea el aplauso de las gentes, el acceso al poder, la protección de las más altas instituciones. Ante la puerta *Speciosa* del mundo dirá á los heridos, como Pedro y Juan al paralítico: «Ni oro ni plata tengo; lo que tengo os doy: socorro físico en cuanto mis fuerzas alcancen, socorro espiritual y espiritual consejo por medio de los

sacerdotes, á quienes llamo, á quienes eximo de toda carga, para no defraudar de su intervención y auxilio á los desgraciados, en los que pienso.

La Asamblea ha usado el nombre de *Española* siempre; la Sociedad se ha llamado Internacional antes que la de trabajadores existiese; pudiera usarlo hoy como se usa en las frases ferro-carril internacional, tratado y derecho internacionales, solo como un mero adjetivo, que explica el Diccionario, pero lo ha sustituido por el de *Universal* desde que la malhadada Sociedad de trabajadores debiera arrojarse, como Curcio, en la sima que ha labrado para salvar las sociedades modernas. Preguntaba *El Consultor* por qué cambió de nombre; la causa es esta.

No conserva este nombre y lo oculta; sale al campo de batalla con empresa en el escudo y alzada la visera; no es, no puede ser, no quiere ser Sociedad en ningún modo secreta.

A continuación *El Consultor* examina el origen de esta Sociedad en el extranjero. Permítasenos que alteremos el orden de la contestación, porque en este punto daremos una cumplidísima. Vamos ahora á probar que la Asociación española nada tiene que ver con los Congresos de la paz, ni con sectas económicas, ni con los enemigos de las Ordenes religiosas dedicadas á la enseñanza, ni con los *Solidarios* de Bélgica.

Claro es que para que una asociación se llame hija de otra se necesita que proceda de ella histórica ó filosóficamente; que se desprenda de ella en el tiempo ó sea su desarrollo en la idea. Mas para que esta filiación sea indudable no basta

solo lo primero, porque los mismos individuos reunidos para un objeto ó para una *asociacion* pueden luego pensar en otro objeto ó en otra *asociacion* completamente diversa, en cuyo caso podrán ser responsables de dos obras meritorias ó de dos criminales, tambien distintas. Pero la *asociacion* tendrá filiacion filosófica de otra cuando nazca de los mismos principios, cuando sirva para idénticos fines, cuando siga igual pauta, cuando jamás pública y solemnemente reniegue de aquella procedencia. Porque tambien pudiera en el ánimo del criminal haber un proyecto, y la mente religiosa transfigurarlo y dirigirlo al fin, y purificarse aquella doctrina y convertirse en otra del toda diversa. Pues sostiene la Asamblea Española á la faz del mundo que su *Asociacion* no tiene con todas las dichas ni uno ni otro parentesco, y sostiene que no lo ha probado el articulista.

La idea de los Congresos de la paz, separada de ciertos antecedentes de algunos miembros, no de todos, era buena; pero allí no se trató de la paz, allí no se evitó guerra alguna. La Cruz-Roja, que hoy merece el aplauso universal, no procede de aquel tronco; nosotros no queremos estar á su sombra. ¿Pero se dirá que un Congreso de la paz en sí, con otras discusiones, es una obra mala? ¿Se dirá que la idea de la paz debe proscribirse? La Cruz-Roja no discute hoy, ni lo hará en esos Congresos: sale á los campos de batalla, y obra y socorre y no espera premio en lo humano, porque los grandes del mundo no quieren paz, sino guerra. Lo que hubiera de iniquidad en los hipócritas de la paz, perdió su máscara, *mentita est sibi*: ¿pero por eso se

condenará á Nicolas de Flüe en Suiza, y á todos los misioneros que predicán la paz por todas partes, repitiendo esta palabra al umbral de toda casa á que llegaren, segun la intencion y el precepto del Evangelio?

No responden la *Asociacion Universal* ni la Española de todos los actos públicos de sus individuos mas ó menos relacionados con la paz ó la guerra, ni de lo que haya podido hablar un orador en Ginebra; responde, sí, de sus verdaderas tradiciones, de su espíritu, de sus propósitos en lo sucesivo. No discute sobre paz perpétua, ni forma planes para conseguirla: su existencia supone la guerra: pero se contenta con la protesta de la Cruz levantada entre los campos enemigos; Cruz á cuya sombra, si todos se acogiesen, desaparecería todo mal, todo crimen, toda guerra.

Y la Cruz que hoy brilla, apagando el fulgor nocturno de la Media Luna turca, la Cruz-Roja que este mismo año ha resplandecido ante las embajadas japonesa y persa como un lucero que alumbrará aquellos paises, ¿no es una prueba de que no es la caridad sin la Religion, sin la fé, la que anima á la sociedad de la Cruz-Roja? ¿Que importa que alguno de sus asociados, donde quiera que esté, haya dicho otra cosa? La Cruz lo desmiente. No hay Cruz sin Crucificado; con el Redentor va el Cristianismo, va el catolicismo, va la civilizacion, la condenacion de todo crimen, el augurio de toda esperanza, la seguridad de una vida mejor, cuando haya pasado como sombra la presente.

No; la filosofia de la impiedad, la caridad sin la fé, no quiere la Cruz ni co-

mo simbolo de union, no quiere plantarla en estraños pueblos, la verdadera si la levanta donde quiera, la corteja y reverencia en su nuevo camino de la Amargura, y á su sombra quiere morir ejerciendo la caridad, y á su sombra quiere llevar la luz á los pueblos. No será el que se rie de las Cruzadas el que vuelva lá tomar la Cruz, y quien se ria de la fé y la tome, escribe su condenacion. Compadecemosle, al mismo tiempo que abominamos de su compañía.

Habrà, sin embargo, siempre *una inmensa turba, que nadie podrá contar*, que crea en aquel signo de vida: Dios solo, nadie mas que Él, podrá juzgar entre tribu y tribu, entre Apóstol y Apóstol; El, que recibió en su pecho á San Juan; El, que predijo á San Pedro su triple negativa; El, que anunció la traicion de Judas, despues de sentarlo á su mesa y hacerle partícipe de su inefable Sacramento. ¿Quiénes somos nosotros para decir á nadie. «En tí esa Cruz es expresion fiel de tus sentimientos; en tí signo de union puramente material entre los pueblos: tú la llevas para ser en ella premiado; tú para ser condenado como profanador de ese augustísimo leño? ¿En ese ejército aparece como en la batalla de Tiberiades; mas allá como arrojada de Jerusalem por Saladino?» Por la medida que juzguemos se nos juzgará; temamos cogerla imprudentemente.

Nada tiene que ver la Asociacion española con los economistas sin religion, con los materialistas del trabajo y de la produccion, con los que hayan podido reunirse y hablar y obrar en Bélgica, ni en parte alguna, ni con los que creen proscrito y maldito en el *Genesis* el tra-

bajo, castigo, sí, pero tabla de redencion, ni con los Tiberghien, ni con los Marx, ni con los Trinchera. Nada con los perseguidores de las Ordenes religiosas; nada con los que quieren la moral humana puramente; nada con los que establecen sobre todo la razon en la enseñanza, cuando la razon sin la fé se avergüenza de verse en la cátedra y trocada en sol, cuando tanto anda entre tinieblas. Si alguien salió de los nuestros que tal diga, no es nuestro, ni con nuestra obra tiene relacion alguna esa índole de pensamientos.

(Se continuará.)

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo. En la Colegial á las nueve y cuarto misa conventual con sermón que predicará el Dr. D. Casiano Quilez, canónigo Magistral. En Santa Maria á las cinco de la mañana se pondrá de manifiesto á S. D. M., seguirán los maitines, misa, laudes y procesion, terminando con la bendicion.

Lunes.—En las Capuchinas á las siete y media misa de comunión, y por la tarde á las cuatro el ejercicio del Sagrado Corazon de Jesus.

En los demás dias los oficios de costumbre.

ADVERTENCIA.

En vista de la lentitud con que se vá verificando la renovacion de las suscripciones que terminaron en estos últimos meses, y siendo urgentísimos los pagos que debemos verificar para el sostenimiento del periódico, suplicamos á los señores suscritores que se hallen en descubierto, tengan la bondad de hacer el pago ó renovacion lo mas pronto posible, sino quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.